

La danza de los íntimos deseos

siendo persona en plenitud

6^a edición

prólogo de
Dolores Aleixandre

Carlos Cabarrús s.j.

Desclée De Brouwer

CARLOS RAFAEL CABARRÚS, S.J.

LA DANZA DE LOS
ÍNTIMOS DESEOS
SIENDO PERSONA EN PLENITUD

6^a edición

DESCLÉE DE BROUWER
BILBAO - 2006

Í N D I C E

PRÓLOGO <i>por Dolores Aleixandre</i>	9
---	---

PRIMERA PARTE: SIENDO PERSONA EN PLENITUD

INTRODUCCIÓN: EL PROCESO PERSONAL	15
1. EL PESO DE LA HERIDA	19
2. LOS “SÍNTOMAS” DE LA HERIDA	25
3. EL EMPUJE DE NUESTRA POSITIVIDAD	35
4. LAS EXPRESIONES DEL POZO	39

SEGUNDA PARTE: LA DANZA DE LOS ÍNTIMOS DESEOS

INTRODUCCIÓN	57
1. SABER DISCERNIR EN EL PLANO HUMANO	61
2. DESMONTAR LA CULPA MALSANA Y LOS FETICHES ..	83
3. EXPERIENCIA DEL ENCUENTRO CON DIOS	91
4. EL CORAZÓN DEL DISCERNIMIENTO	101
5. PRESENTACIÓN DE LOS AUTORES	105

6. LA REGLA BÁSICA DEL DISCERNIMIENTO	125
7. SE ACABÓ LA MÚSICA	153
APÉNDICES	157

P R Ó L O G O

por Dolores Aleixandre R.S.C.J.

Una de las características de nuestra humana condición, y para la que poseemos una particular destreza, es la de hacer complicado lo sencillo. Exactamente al revés de lo que hacía Jesús para quien todo el misterio de Dios cabía en una pequeña palabra aramea: *abba*. Pero nosotros necesitamos para explicarla kilómetros de estanterías llenas de tratados teológicos, catedrales góticas, música polifónica y concilios ecuménicos. Y son frutos hermosos de nuestra fe y nuestra cultura; pero, sobre todo es que no sabemos hacer otra cosa. Carecemos de esa sencillez milagrosa con la que Dios viste a las flores del campo con una belleza infinitamente mayor que todo el esplendor de la corte de Salomón.

Algo parecido, pero en talla *junior*, es lo que ocurre con la espiritualidad ignaciana. Son doctos los jesuitas, saben tanto de su fundador, de sus escritos y doctrina que lo normal suele ser que cada nuevo tratado sobre espiritualidad ignaciana sea aún más exhaustivo y completo que los anteriores y, por supuesto, con más páginas, más notas y más bibliografía en alemán. De ahí la sorpresa de encontrar un texto como éste, en el que el autor consigue explicar el discernimiento ignaciano (eso que creíamos tan complicado y casi exclusivo de gente preparadísima, rectísima y avanzadísima en la vida espiritual) de una manera directa, amena, clara y atractiva. Y eso sin dejar de lado ninguno de sus aspectos más exigentes y arduos.

De entrada, Carlos Cabarrús se sitúa no como quien desde una cátedra y con el dedo índice enhiesto imparte doctrina a ignorantes, sino como alguien que, sentado frente a otro/a y en torno a una taza de café, dialoga, escucha, propone, cuestiona o interpela, pasando con naturalidad de un interlocutor masculino a otro femenino, sin estridencias de lenguaje y consiguiendo que cada uno/a se sienta concernido. Se nota también (y eso nos rejuvenece a todos), que va dirigido a gente joven para quienes resultan familiares la danza, la música y el ritmo, que agradecen que “las cosas de Dios” estén puestas en relación con el deseo, libertad y alegría y para quienes la búsqueda va inseparablemente unida a la corporalidad. Y aunque los que lo leamos no seamos jóvenes, también pensamos: esto que dice tiene que ver conmigo, habla de lo que *me pasa*.

Y eso que “nos pasa” y de lo que supo mucho Ignacio de Loyola, tiene que ver fundamentalmente con los dos “rostros de nuestro corazón”: nuestra *herida* (nuestra realidad golpeada y vulnerada) y nuestro *pozo* de posibilidades y fuerzas positivas. Y es en el interactuar de esas dos realidades donde podemos ir encontrando la plenitud de nuestra personalidad y descubriendo el sentido de nuestra vida y nuestra tarea en la historia.

Pero como presupone el autor (y hace bien) que está ante lectores no “iniciados” en el lenguaje ignaciano y posiblemente ni siquiera en el de la vida espiritual, acude a imágenes que pertenecen al campo de experiencias familiares y cotidianas, pero no con el tono de estar descendiendo de escalón y haciendo concesiones al “corto entender” de quienes le escuchan, sino como quien está persuadido de que lo que importa de las palabras es que sirvan de vehículo para comunicar un contenido y no que se mantengan intocables e impolutas, tal como se pronunciaron en el pasado, porque no son momias dentro de un sarcófago sino términos generadores de vida.

Así que bienvenidas sean aclaraciones de este tipo: “La conciencia es el sensor del corazón” (sus “bastones” según la terminología maya); “Con el remordimiento te comes a ti mismo”, la acción del Espíritu en la oración es una “experiencia de embajada”. O invitaciones como ésta: “Deja que broten tus deseos para que舞ancen con los deseos de Dios”...

Y por si a alguien le resulta extraño que junto al discernimiento aparezca un verbo sorprendente: *escuchar*, que el Diccionario de la Real Academia define como “*buscar y matar la pulgas del cuerpo*”, no viene mal recordar que Jesús habló de polillas (Mt 6,19), gorriones (Lc 12,6) y, en consecuencia, el autor es muy dueño de incluir entre sus ejemplos a las pulgas, las moscas o las abejas.

Pretendiéndolo o no, el libro nos transmite una imagen de Ignacio, no como la del cuadro de Salaverría, impresionante, pero algo tétrica, sino la del peregrino que siempre fue, acompañando a otros peregrinos y formando parte de estos “seres en caravana” que somos.

Parafraseando la imagen del Salmo: “*La justicia y la paz se besan, la justicia se asoma desde el cielo*” (Sal 85,11), podemos decir que en este libro la psicología y la espiritualidad también se besan, la seriedad y la jovialidad se abrazan e Ignacio de Loyola se asoma desde el cielo, encantado de escuchar sus palabras al alcance de todos y sirviendo de brújula para cualquier hombre o mujer que siga deseando hoy buscar y hallar a Dios en todas las cosas.

PRIMERA PARTE

S I E N D O P E R S O N A
E N P L E N I T U D

INTRODUCCIÓN: EL PROCESO PERSONAL

Ignacio de Loyola captó lo que es la persona, y es desde allí desde donde él te puede interesar y desde donde puedes descubrir lo que aportará a tu vida llegar a conocerle. También logró intuir –como luego lo hizo Freud y lo viene haciendo toda la psicología– eso que ahora llamamos el inconsciente, eso que sabemos que está ahí pero casi ni nos damos cuenta de ello. Por otra parte, experimentó que es precisamente en ese inconsciente nuestro en donde Dios actúa y se nos revela –San Agustín decía que Dios es *lo más íntimo de nuestra intimidad*–. Pero Ignacio también encontró que ese inconsciente es materia dispuesta, es caldo de cultivo, de la acción del mal de este mundo que nos seduce y nos atrae: nos vuelve sus cómplices acrecentando así el desorden y el desajuste del mundo, y herimos al Universo –ahora, también lo consideramos así–. Esto quizás no lo sabías o tal vez no lo creías...

Por esa razón, San Ignacio inventó una metodología para distinguir, para *discernir* –decía él– lo que contribuye a la vida personal y comunitaria, y lo que contribuye a generar el mal personal y del mundo. Es decir, de Ignacio podemos aprender a discernir la vida para descubrir –al evaluar lo que hacemos y al analizar la realidad– qué es todo aquello que contribuye a la vida personal y a la vida comunitaria, y a la vez darnos cuenta de cuál es el modo como contribuimos a generar el mal personal y del mundo.

Si ya vas captando esto, ya estás conociendo lo mejor de Ignacio, aun cuando no sepas ni cuándo nació ni dónde...

Haciendo como una *síntesis* diríamos que Ignacio:

- descubrió los entresijos de la persona humana, para que así sea posible ayudar a que se conozca, crezca y genere nuevos modos de relacionarse con ella misma, con los otros, con el entorno y con Dios,
- experimentó que la persona en lo más íntimo suyo encuentra la presencia de Dios actuando en ella –sin olvidar que lo encuentra también en las personas que sufren, en quienes padecen, en quienes pasan necesidad de cualquier índole–,
- encontró –también en las propias honduras de la persona humana– cómo el mal del mundo seduce y engaña,
- captó que las cosas de la historia tienen estructuras que son las que tienen que ser modificadas, si se quiere cambiarle el rostro a nuestra historia que es cada vez más particular, pero también cada vez más global,
- reconoció la necesidad del discernimiento y del análisis de la realidad, como medios para ir descubriendo cada día *quién soy, qué sentido tiene mi vida y qué debo hacer por el bien de las demás personas...*

Vamos a ir reflexionando ahora, un poco más despacio, cómo estas intuiciones de Ignacio en el siglo XVI están totalmente vigentes, y sobre todo, cómo desde ellas podemos ir encontrando un nuevo modo de ser, de estar en la vida, en el mundo...

LOS DOS ROSTROS DEL CORAZÓN DE LA PERSONA HUMANA

Como decíamos, Ignacio captó los entresijos –las cosas ocultas– de la persona. En palabras más cercanas diríamos que lo que revela la experiencia personal implica, por una

parte, *una realidad golpeada, herida, vulnerada*, pero también, por otra, *un potencial, unas fuerzas, un “pozo” de posibilidades, un conjunto de fuerzas positivas*. Es decir, que toda persona está movida en su actuación por una mezcla de esas dos partes de su corazón: la herida y el pozo. ¡Y estos son los dos rostros del corazón de la persona humana...!

Es la mezcla de esas dos realidades lo que hace que cada persona sea ella misma. Es el interactuar de la parte vulnerable y el potencial de posibilidades, lo que va dando la identidad a la persona, y en dónde puede ir descubriendo cuál es el sentido de su vida y cual es su tarea en la historia.

Por esto, en la medida en la que te hagas más consciente de estas realidades de tu inconsciente¹, en la medida en la que te *des cuenta* de lo que brota de tu parte vulnerable y la vayas sanando, y te *des cuenta* de la riqueza que hay en tu pozo y lo vayas potenciando, te irás conociendo, irás creciendo y descubriendo tu verdad más honda, y a la vez, al ser una persona modificada por dentro, irás modificando las estructuras de la historia. ¡Seguro que estas *ocurrencias* sí que te interesan! Y son parte del legado que –aunque en otras palabras, propias de su época– nos dejó Ignacio de Loyola y van constituyendo la *herencia Ignaciana*.

Utilizando una metáfora bastante elocuente podrás comprender mejor esto. Los dos rostros de nuestro corazón, nos hacen situarnos y comportarnos con nosotros mismos, con los otros, con el entorno y con Dios de maneras diferentes: como moscas o como abejas obreras. Darte cuenta si eres “mosca” o eres “abeja obrera” te da pistas para comprender desde qué lado del corazón vives de ordinario.

1. Cuando hablamos de *inconsciente* no lo hacemos usando el concepto estrictamente Freudiano de sus inicios –y como se entiende con frecuencia en la actualidad– sino como algo de lo que no somos conscientes, pero está ahí y está ahí actuando en positivo y negativo.

Las moscas están en el estiércol, en lo más sucio, y lo llevan a donde debe haber mayor limpieza... Las abejas obreras extraen lo mejor de las flores, y además producen la miel que es un alimento nutritivo y un remedio fundamental para los demás.

Como en este momento, seguramente querrás saber más de esto, hablaremos un poco acerca de lo que es *el peso de la herida* y *el empuje de la positividad*. A medida que vayamos reflexionando, iremos proponiéndote *Algunas ocurrencias para tu autoevaluación...*, pues, como decía Ignacio, es necesario evaluar, discernir lo que pasa en nuestro interior para que sea posible ir entrando en los entresijos de nuestra propia persona y también así sea posible, sacar el máximo provecho para nosotros mismos y para las demás personas. No sigas de largo, detente un poco en ellas y empieza a buscar dentro de ti misma respuestas a tus preguntas vitales.

I

EL PESO DE LA HERIDA...

Empezaremos hablando de la parte herida, golpeada, vulnerada, porque a veces es la que más resalta, también porque por no conocerla nos juega malas pasadas, nos lleva a comportamientos que no entendemos y con los que nos hacemos daño y hacemos daño a las demás personas, pero sobre todo –y esto es lo más importante!– porque por no habernos topado conscientemente con ella, por no habernos percatado de su existencia, por no haberla desentrañado y sanado, está ahí enturbiando nuestro pozo, oscureciendo nuestras potencialidades, impidiéndonos realizar nuestros deseos más profundos.

Precisamente el peso de nuestros golpes internos no nos dejan ver la fuerza de nuestro “pozo”. A pesar de que a veces tenemos falsas experiencias que parecen como elementos positivos, y entonces fanfarroneamos, “nos creemos” más de lo que somos, nos manifestamos como “mejores que los demás”... Incluso algunas personas llegan a confundirse y llaman a eso tener “alta estima”... ¡pero no!: *los metros de altura a que te encumbras son los metros del sótano en que te encuentras atrapado...*

De eso golpeado te puedes dar cuenta con cierta facilidad si analizas tu vida. Lo vulnerado brota más claramente cuando hay excesivo cansancio o presiones externas, pero también las sensaciones negativas surgen por sí mismas, como si tuvieran vida propia. La experiencia es, en ese momento, como si lo negativo te habitara, te dominara.